

Es peor que antes

Eduardo Gallardo García



Capítulo 1

Es peor que antes

Para alguien que creé tenerlo todo es difícil darse cuenta de lo que le falta. Una persona que se vuelca en lo material no sabe lo solo que está. Si se ha criado con toda clase de caprichos, no podrá dejar de vivir sin gastar dinero y esto último hay que saber cómo ganarlo. Pedro era este tipo de personas y podría ser él perfectamente, una persona acostumbrada a conseguir lo que quiere, vivir el día a día y saber qué hacer para ganar dinero.

Criado por sus padres junto a su hermano. Se apoyaban y ayudaban pero en realidad solo conseguían juntarse gracias a la madre, y todos sabían que el día que faltara, la familia se rompería. Pedro iba a visitar algunas veces a sus padres cuando empezó a vivir solo en la ciudad, aunque con el tiempo se fue alejando más de su familia y viviendo su vida, hasta llegar al punto que la familia dejó de significar algo y solo era una obligación el visitarlos.

Era uno de los jefes de una empresa de construcción. Vinieron los años de la burbuja inmobiliaria. Con un grupo de personas a su cargo, trabajadores obedientes y amigos en los ratos de descanso. El trabajo le iba bien, lo hacía en condiciones y ganaba mucho más de lo que pudiera merecer. A sus treinta años ya vivía solo, en una casa casi pagada, otra alquilada, un buen coche y dinero, bastante. Después de trabajar se iba a su casa o salía con amigos hasta las tantas, pero pocas veces iba al trabajo borracho, solía beber los viernes o fin de semanas, en su trabajo había que tener cuidado, más de uno había perdido la vida.

Estaba tan metido en su día a día que casi se olvidó de la familia, los veía en una reunión anual, eso que llamaban navidades. Era cristiano pero creía lo mínimo.

Cuando iba con sus amigos era para emborracharse y salir a rastras de los sitios, pensaba "total para un día que tengo para divertirme". El alcohol y el tabaco, para él tan necesario como respirar. A veces entre cigarro y cigarro se hacía un porro. Muchos domingos por la noche dormía desnudo en su cama, encima del edredón sin arrugar con uno de esos aliñados en la mano. Si se quemara la casa no había problemas, compraría otra nueva. Casi le sobraba el dinero, lo ahorraba mejor en una cuenta que compartía con su madre ya que en la cartera le quemaba y debía gastarlo. No siempre lo gastaba en sí mismo, que eso también hay que decirlo, invitaba a sus amigos o compañeros a comer en sitios caros, para qué gastarse nueve euros por persona en un sitio si tienes dinero

suficiente para un restaurante mucho mejor. Era feliz y estaba a gusto con su vida, para él era la mejor, se creía feliz.

Alguien tan joven y con esa manera de pensar, no iba a llegar a ninguna parte. Su rutina parecía estancada. Pero a veces sucede algo que trastoca la vida de una persona de tal forma que cambia su forma de ser y de ver lo que le rodea, a veces

le abren a uno los ojos y consigue ver todo desde otro punto de vista, y la vida de Pedro era de las que cambian varias veces.

Todo comenzó a suceder desde el momento que conoció al amor de su vida, Víctor. Un chico más joven que él. Pedro tenía treinta y cinco años cuando conoció al chico de veintiuno, la historia de cómo se conocieron no fue algo especial pero si los años que vivieron como pareja hasta que Víctor sufrió el accidente mortal.

En la vida hay cosas que no olvidará nunca y una de ellas fue ese momento en que le conoció, le recordaba al detalle. Ese día salió de su casa, era un sábado de primavera, él vivía en una ciudad bastante conocida de España, cogió su mercedes sin arañazos y salió del barrio hacia el centro. Aparcó y anduvo un rato. Ese día había procesión y la gente se aglomeraba para ver a la virgen con el niño Jesús. Pedro se acercó para verla mejor, estaba al lado de Víctor, tan juntos y sin saber lo que les depararía el futuro.

—Este año le han vestido muy bien —el comentario de Víctor quedó en el aire unos segundos.

—Creo que le han hecho un buen trabajo, la veo deslumbrante.

Víctor le miró, al principio fue por curiosidad pero cuando se encontró con los ojos azules de Pedro su cara cambió. A Pedro le hizo gracia su expresión. Casi podía decir que fue amor a primera vista. De todas formas Pedro sabía que cuando te enamoras de una persona, al recordar parece que desde el primer día os mirasteis con amor. Esa mañana estuvieron hablando sin parar, tocaron casi todos los temas, como que él fumaba también pero que pasaba del tema de las drogas, que estaba estudiando y que después quería ponerse a trabajar unos años antes de una carrera. Comieron juntos y como sorpresa para Pedro, Víctor no le importaba el dinero que gastase ni el que tuviera. Ambos se atraían y sentía algo que aún no estaba del todo definido, además tenían la duda de si al otro también le gustaban los hombres. En la tarde Pedro dio el paso con un roce de mano, una mirada de complicidad, el otro no la apartó y surgió la chispa definitiva.

A partir de ese día empezaron a quedar más veces, hablaban por teléfono a todas horas y empezaron a salir como pareja, a pesar de que

todo iba muy rápido ninguno de los dos tenía inconveniente. La compañía del otro era agradable, el tiempo juntos pasaba ajeno a su amor, ahora Pedro era consciente de lo que de verdad era ser feliz, pero fue algo efímero, intenso pero corto.

—Ahora que somos novios, hay cosas de las que tenemos que hablar.

—La conversación de siempre, contarnos nuestra vida y hacer planes para el futuro —dijo Víctor sin énfasis.

—Bueno podemos ir a nuestro ritmo. Eso de pensar el futuro no hace falta, yo vivo el día a día.

—Si vamos en serio tenemos que respetarnos, no ligar con otra gente y me gustaría que conocieras a mis padres.

—¿A tus padres? No hay problema, les invitamos a un sitio que conozco y ya verás —Pedro pensaba en un par de restaurantes de cuatro cubiertos.

—Se lo comentaré.

Como pareja lo llevaban a su modo, ambos tenían su forma de ser parecida, cada día más. Discutían como todas las parejas o incluso más pero después de una discusión había una reconciliación. Pedro conoció a los padres de Víctor que le aceptaron como uno más. La madre de Víctor le trataba como a un hijo. Entonces Pedro volvió a valorar a la familia, se sentía a gusto, feliz de estar con ellos y se sentía amado. Gracias a la familia de Víctor. En la familia de Pedro, el trato no sería igual, los padres de él no sabían nada acerca de sus gustos y el trato que tenían no era tan acogedor. Pedro pasó las navidades por primera vez con Víctor y su familia, y no pudo evitar compararla con la suya. La de Pedro en una cena, a veces discutían, a veces hablaban del trabajo, otras del campo, del dinero, no había bromas, no había a penas risas, ni chistes ni anécdotas alegres. Para otra persona no era mejor o peor, simplemente eran diferentes, para Pedro era mejor... como si no supiera valorar lo que antes tenía.

Ya habían cumplido un año de estar juntos, y pasó dos años más antes de que Víctor terminara los estudios, como era lógico. Pedro le metió a trabajar en su empresa, con él en la obra hasta que Víctor decidiera entrar en la universidad, hacer una carrera para seguir los estudios. El trato entre ellos llamaba la atención, los compañeros sabían que entró a trabajar por Pedro, este era su jefe pero Víctor no parecía el mandado.

—Víctor, mueve la grúa para subir un paleó de adoquines a la segunda

planta —ordenaba Pedro.

—Vale —esperaba a que estuviera lejos para mandárselo al que estuviera más cerca.

Con esos tres años de novios, trabajando en el mismo sitio solo quedaba que vivieran juntos. Víctor cogió sus cosas el otoño de ese año. De esta forma marchaban juntos al trabajo y a todas partes y hacían viajes largos, iban y volvían en el día. También a sitios gays y de fiesta.

Pasaron cuatro años, el tiempo seguía yendo muy deprisa. Solo Pedro había hablado de su vida anterior, Víctor se reservaba y el otro no insistía, le respetaba. Sin embargo es mucho tiempo con una persona, compartiendo vida y casi la misma manera de pensar como para no confiar en ella y estuvo listo de dar el paso una noche de fiesta.

—Vamos a entrar aquí, seguiremos bebiendo.

Esa noche pensaban emborracharse, dentro del local había música, luces, una barra y dos cubatas para ellos. Pasó un tipo a su lado con una bandeja, en ella algo de coca. Víctor lo vio y entendió el por qué le habían cobrado la entrada. Le agarró el brazo a Pedro y se acercó a su oído.

—Salgamos de aquí. No me va eso de la coca. Paso del tema de las drogas y lo sabes.

—Venga hombre, si es solo un poquito, no pasa nada, no te hará daño.

— ¡Qué te he dicho que nos vamos y se acabó!

Salieron fuera del ajetreo del local y Pedro le siguió hasta que se sentó en un banco, lejos del ruido, entre el silencio de la noche. Más cerca, se sentó al lado de Víctor que tenía la cara tapada, le puso la mano en el hombro y espero respuesta.

—¿Me vas a decir que te pasa?

—No me gusta el tema de la coca, hace tiempo tuve problemas por las drogas.

Esa noche Víctor le contó parte de su vida a Pedro. Había tenido un amigo años antes de conocer a Pedro que era adicto a la cocaína, llegado a tal punto que los padres del chaval le dieron por perdido y finalmente acabó muerto en la calle. Víctor odiaba lo que eso les hacía a las personas.

—Vamos a casa.

Esa noche les unió un poco más, si era posible. Vivieron muchas cosas juntos antes de que Víctor perdiera la vida.

Otro momento que recordaba Pedro fue cuando le invitaron a una boda de un familiar de Víctor que ni siquiera conocía Pedro, pero le obligaron a irse con ellos como acompañante, como uno más, como lo que había sido siempre. Otro detalle que le mostraba el valor que tiene una familia. Los padres le hacían ver lo bueno de los demás y de todo lo que antes le pasaba desapercibido. Víctor le ayudaba a sentirse vivo y a saber valorarse, a cuidarse, y que las mentiras no llegaban a nada, el chico se había mostrado tal cual era frente a sus padres sin esconderse, sin mentir.

La vida que quería Víctor no era trabajar por siempre en esa empresa, quería sacarse una carrera y presentarse a las pruebas de atletismo. Le gustaba ir a correr casi todas las tardes después de la siesta. Pedro también sacó algo bueno de ello, cuidarse un poco más, quería tener mejor salud para su pareja, para que estuviera a gusto.

Pedro se sentía afortunado y en verdad lo era. Conocer al amor de su vida, un chico especial y siendo buena influencia. Le cambió, siempre cambió por Víctor. Él lo merecía y lo era todo. Su pilar en la vida. Representaba muchas cosas buenas que se fueron de golpe, se fueron con él. Es duro volver a recordar el momento pero el tiempo lo desgasta todo y la gente empieza a saber vivir con la pérdida. Y aunque haya gente que no sepa vivir con ella y acabe en suicidio, Pedro no era de esos.

Este día de hoy, en su presente, sentado en una barra de su bar habitual, ahogaba los momentos que acaba de recordar con la bebida. Estará ahí hasta que le echen del bar... Como siempre. Sentado en silencio, le daba igual todo a su alrededor. Solo piensa, recuerda y pregunta ¿Cómo ha llegado hasta allí? Su vida dio muchas vueltas desde siempre, pero sobre todo desde aquel accidente en el que perdió a la única persona que querrá y valorará hasta sus últimos días.

El alcohol ese día era incapaz de retener los momentos, las imágenes. Recordaba su vida antes de conocerle, lo sigue el de cuando le conoció, su vida juntos, los viajes que hacían, cuando trabajaban, el accidente que no quiere recordar. Tenía en mente los momentos después de la muerte de Víctor y como su vida llegó a esa espiral descendente. Pensaba que seguiría bajando hasta tocar fondo. Finalmente el camarero le hizo un gesto, es hora de irse. Ese día se fue pronto a casa a acostar, no tenía ganas de nada, ni de emborracharse.

No tardó en salir del bar, coger el coche, cinturón, santiguarse, volver a

casa, a la cama sin cenar y dormir hasta que pase otro día.

Pesadilla...

...El día que pasó...

Pedro soñando, sabía lo que estaba viendo, lo vive, este es el día del accidente, nunca un sueño tuvo tanta fuerza ni detalle. No es una pesadilla basada en un recuerdo, parece como si fuera a vivirlo de nuevo. «Otra vez no, por favor, te lo suplico, fue culpa mía, soy responsable de lo que pasó aquel día... No, quiero que me atormentes, me lo merezco, vamos, haz que lo vuelva a vivir».

En una de las vacaciones. Han cogido la última quincena de febrero y la primera de marzo. La primera semana de vacaciones han ido a León. Su plan, como el de todas las vacaciones, coger un hotel para pasar la noche en San Andrés del Rabanedo, ver el pueblo, estar un rato y viajar al siguiente, quedándose ese veintiocho de febrero en el pueblo de Vilecha, por la tarde van a un bar y están bebiendo y pasando el rato, se hace de noche, cenan y vuelven al hotel para seguir bebiendo y hablando hasta las tres de la mañana del uno.

—Bueno niño, vamos a la cama que mañana antes de que amanezca estaremos fuera.

Sonó la alarma. Al menos hasta el momento fue todo muy deprisa en el sueño. Durmieron poco y Pedro aún seguía con los efectos del alcohol. Cogieron el coche y salieron. La carretera de dos sentidos era estrecha y formaba una gran línea recta mortal. El sueño, el malestar y la carretera monótona, es posible que se durmiera, puede que la rueda se hubiera reventado, esta parte de la pesadilla estaba borrosa pero algo era seguro, lo que fuera provoca el accidente, se sintió culpable y no sería el mismo desde entonces.

El coche perdió el control, fue zarandeado y salió de la carretera por un pequeño precipicio, dando vueltas de campana, había cristales rotos voladores por todas partes, el sonido de la chapa del mercedes que se abolla y se suelta en partes que volaron por los aires. Pasó muy deprisa, el mundo se movió en todas direcciones junto con el coche hasta que este finalmente se detuvo, quieto, inerte, ocupantes fuera.

Al poco rato, Pedro sintió recobrar la consciencia, no supo cuánto tiempo pasó, pero aún oía el siseo de vapor que salía del coche, de lo que parecía una bola de chatarra. No podía moverse, todo estaba borroso, se encontraba...tumbado boca arriba sobre la hierba. A su alrededor lo que parecía una chatarrería, todo lleno de partes de coche. Pronto empezó a recuperar la visión, herido aunque hay algo que le preocupaba más que eso, miró a su lado, el cuerpo de Víctor, el amor de su vida. Temía lo

peor, parte de él lo supo pero hizo el esfuerzo por levantarse, ignorando los huesos rotos y las heridas abiertas. Se acercó a su pareja y le puso la mano en el cuerpo, lo zarandeó.

—Víctor, despierta, vamos abre los ojos. Tienes que despertar, no me hagas esto por favor te lo pido. ¡No me hagas esto!

Las gotas de sangre de su nariz rota cayeron sobre el muchacho que seguía sin moverse. Lo intentó de nuevo, desesperado, con miedo ¿Qué haría a partir de ahora si se iba Víctor? Él fue su vida. Y resignado hundió la cabeza en el pecho del joven entre su ropa manchada y lloró hasta quedarse dormido.

Se despertó del todo, al fin de vuelta a su cama y a su presente, casi sin aliento. Eso fue demasiado para él, tremendo...volver a vivirlo con tanto detalle...estaba acostumbrado a las constantes pesadillas sin embargo la de esa noche fue una de las peores hasta el momento.

Cuando, más o menos, estaba recuperado no puede evitar seguir pensando en el sueño, era lo que había pasado aquel día, su vida y ahora volvía a sus recuerdos...

Cuando despertó después del accidente estaba amaneciendo, el amasijo de hierro, su amor en el suelo y él, ambos cubiertos de sangre y lágrimas. Recuerda que buscó su teléfono, llamó a emergencias. Lo de después solo lo recuerda como si se lo hubieran contado, tuvo la sensación de que alguien de fuera controlaba su cuerpo. Hasta que le ingresaron.

El momento en que la noticia llegó a los padres del chico debió ser algo muy duro, eso de perder a un hijo es lo peor que le puede pasar a alguien. Pero Pedro no fue consciente de ese momento, lo siguiente que vio con consciencia después del accidente fue una habitación de hospital, él ingresado, tumbado, con una vía y escayolas.

Fue despertar y querer buscar desesperadamente a su amor expirado. Aún no podía creer que hubiera muerto y salió de la habitación arrancándose la vía. Los enfermeros conscientes de ello lo detuvieron. Cuando quedó impotente, de nuevo, rompió a llorar echándose al suelo. No podía creer lo que le estaba pasando, quería que fuera un sueño y que acabara todo, no quería vivir esa vida, y esta sensación la tendría durante años.

Mientras tanto se dejó llevar de regreso a la habitación, tumbado entre las frías sábanas, al lado de las impasibles máquinas. "Debe relajarse, señor. Aún es muy pronto para correr por ahí". Dijo una de las enfermeras. Él solo podía pensar en una cosa, el accidente que le había

cambiado la vida.

Pensó en llamar a sus padres pero no quería dar explicaciones, no tenía ganas ni de mentir. Tampoco podía llamarlos porque no se atrevía, a esas altura seguro que lo sabían, la guardia civil le había identificado y seguro que estaban investigando el accidente. Mientras que él intentaba recordar lo que había pasado, no estaba seguro ¿Se había quedado dormido o habían reventado una rueda? Si hubieran llevado el cinturón...

Pasaron dos días de dolor, hizo la semana, llena de llantos por las noches, sin visitas, solo un par de llamadas del trabajo y de los padres de Víctor que no fue capaz de contestar, ni siquiera era capaz de mirarse al espejo. Este tiempo le dio qué pensar, se sintió solo y se hizo a la idea de que todos los días iban a ser así a partir de ahora. Pensó en todo lo que había perdido, no pensó en lo que había ganado con esa relación. Solo tenía el sentimiento de culpa, se sentía responsable de lo sucedido.

La empresa de construcción . Uno de los jefes le llamó para saber cómo estaba. "Hola Pedro, ¿cómo lo llevas? Nos hemos enterado, los padres de Víctor nos llamaron cuando ninguno de vosotros se presentaba para trabajar y nos lo contó, te acompaño en el sentimiento, sé que era un buen amigo". Hablaron un rato más y luego colgó. Esa llamada le añadió un sentimiento más, la rabia. ¿Para eso servían las mentiras? Deberían de haberse presentado como lo que eran, una pareja. Para qué esconder algo tan bonito como el amor, algo tan profundo como lo suyo, no era justo. Otra parte de la conversación que le molestaba era la imposibilidad que había demostrado el compañero, le estaba pidiendo que le dijera cuándo iba a volver a trabajar. «Si ni siquiera he salido de esta cárcel blanca. No me importa una mierda el trabajo...¡No me importa nada!».

Cuando tuvo ganas de pensar mejor las cosas, pensó que al salir de allí iría a un psicólogo para que le diera la baja por depresión, tiempo indefinido. Quería ahogar las penas y decidir si podía seguir con el trabajo, si podía afrontar la vida.

Sin embargo le quedaba por pasar otro mal trago, el entierro. Salió del hospital, lo de curarse dependía de él, lo llevaban claro. Se vistió como pudo para la ocasión y fue al tanatorio, estuvo en el coche sin poder pasar, no podía soportar verle de nuevo. Por desgracia fue al entierro en el cementerio y allí hizo frente a sus demonios, los padres de él. Esa situación que tanto había querido evitar, esas dos personas a las que no podía mirar a la cara, no tenía fuerzas para afrontar esto, no sabía cómo iban a reaccionar, si le odiaban lo veía normal, si iban a pegarle se lo merecía, si no le castigaban ellos lo haría él mismo. Los padres se acercaron, él también, con la cabeza gacha, no quería decir nada pero las palabras salieron de su boca como si no fuera suya.

—Lo siento mucho, ha sido culpa mía, no...

Pedro rompió a llorar sin poder terminar la frase, no tenía fuerzas para hablar, ni para seguir de pie ni para seguir viviendo. Entonces los padres se acercaron más aún y le abrazaron, ellos también lloraban pero en silencio.

—No digas eso, tú no tienes la culpa.

—¿Tú estás bien, Pedro? —preguntó la mujer.

—Eso me da igual, no puedo quitarme de la cabeza...aquella noche...

Y ahora seguía sin poder quitarse aquello de encima. Le hacía sentir como si estuviera en el fondo de un pozo, oscuro, frío y solitario, su vida. Y el peso de todos los recuerdos le hundiesen cada día más y evitaban que pudiera salir al exterior. Se estaba ahogando. La baja por depresión no le ayudaba. Tenía la respuesta, la solución que necesitaba, volver a trabajar para tener la mente ocupada, evitaría el tener tanto tiempo libre y el darle tantas vueltas a las cosas. Por desgracia no estaba del todo decidido.

Ese día seguiría con la rutina, levantarse, vestirse, salir a la calle y volver al bar. Quedarse allí hasta la hora de la comida es la única idea que le llamaba la atención. Y seguir por la tarde en otro bar para no molestar demasiado. Emborracharse, no lo suficiente como para acallar los recuerdos, los remordimientos, sabía que no se estaba portando bien con su vida ni con su familia, lo segundo le importaba más. Los hablaba poco, una llamada telefónica que evitar el hacer visitas. Sobre su vida... se fue con Víctor, él era su pilar. Con los padres de Víctor hablaba menos, ellos se preocupaban demasiado por Pedro, él solo quisiera que lo dejen en paz, bastante tenía con recordarlo él, además esa parte de la vida se quedó atrás.

La compra de otro coche, el tercero desde aquel día, el tercero que seguramente estrellará. Sus padres no sabían qué hacer con él, le hablaban pero él pasaba del tema, ni caso, no sabían por lo qué está pasando, pero ahora más que antes gastaba y malgastaba dinero sin parar, sus ahorros bajaron como nunca. Previo que pronto los padres no le dejarían sacar más, y para colmo Pedro lo vería normal. Esos días vivió en la casa del pueblo, dejó de alquilarla. Aquí mintió a todos aunque se autoconvencía de que no le importaba lo que pensaran los demás, se escondía.

Iba muchas veces a ligar con otros y no se molestaba en tomar precauciones, descuidando su higiene corporal, viviendo como un suicida vagando por la vida sin nada mejor que hacer que emborracharse, drogarse y gastarse el dinero en tragaperras, en el bingo o en apuestas

online.

Sonó su móvil esa tarde, lo cogió, contestó y escucha, su madre. Le decía que estaban hartos de todo, que otra vez faltaba mucho dinero de la cuenta, que ha cogido sin permiso y sin avisar, le decía que hiciera lo que quisiera que le daban por perdido. Lo sabía, no le pillaba de sorpresa, colgó y siguió pensando, apartó el vaso de alcohol puro y amargo que tenía en la mano y siguió pensando.

Fracasado...es la palabra que había usado su propia madre. ¿Había llegado la hora de levantar la cabeza? ¿Podré superarlo? Llega a una conclusión:

Seguiría emborrachándose, ligando y viviendo de esa manera, no cambiaría, pero empezaría a trabajar cuanto antes, él no lo consideraba un paso adelante, pero puede que como en la mayoría de las cosas, igual se equivoque. Pensando en ello advirtió que su forma de ser nunca le permitiría tocar fondo. Y lo último que pensó antes de levantarse y salir del bar es, ¿morirá solo? ¿Conocerá a otra persona que le cambie de nuevo? No lo sabía, sin ganas ni esperanza, no lo supo.